

sucesor al ejército, donde tenía todavía tantos partidarios; y Dembinski, por una ceguedad inconcebible, declaró en su alocución á las tropas que seguiría las huellas de su antecesor. No había pues un cambio real.

El campamento se tranquilizó sin embargo algun tanto con este golpe de teatro; mas la población de Varsovia, á la que no agradaba nada el pacto entre Dembinski y Skrzynecki, estaba muy lejos de manifestarse satisfecha. Diversos rumores, esparcidos en los parajes públicos, contribuían á aumentar su descontento. Decíase que Dembinski se preparaba á hacer su entrada en Varsovia, al frente de una division, á fin de disolver la dieta, rodear los clubs, y hacer fusilar á los partidarios de Lelewel y de Krukowiecki.

El 14 de agosto, el ejército polaco, estrechado por el enemigo, se replegó sobre los atrincheramientos de Varsovia, y este movimiento retrógrado llevó al extremo la efervescencia popular. La vindicta contra los agentes de la policía secreta de la antigua autoridad rusa, vindicta comprimida durante muchos años, había tomado un carácter abierto desde el principio de la guerra, el cual se desarrollaba mas ó menos, según la firmeza que desplegaban los diferentes poderes emanados sucesivamente de la revolucion.

«¿Cómo se habría podido pasar esta, dice el historiador Mochnacki, sin castigar á los traidores? La literatura de las calles se inspiraba sin cesar con esta idea; Rozniecki, Makrot, Szley, estos nombres execrables y aborrecidos, formaban el sujeto de las poesías que se vendían en las plazas públicas y que repetían los cantores por la mas pequeña gratificación. Entre las corporaciones de los artesanos vivía todavía el recuerdo de Kapustas y de Kilinski; así es que desde el principio de la lucha, se preparaban las masas á una escena violenta. Los sistemas se sucedían unos á otros; los gobiernos caían como simples coterías; y el pueblo, abandonado en todos aquellos momentos, no pensaba mas que en los me-

dios de apoderarse de los espías. La ejecución tan solicitada de algunos miserables hubiera sido un verdadero acto de estado, si la autoridad lo hubiera mandado; era preciso absolutamente hacer por un decreto lo que la necesidad debía acarrear, tai de ó temprano, sin formación de causa. El enemigo se hallaba á tres millas de distancia, y el pueblo de Varsovia tenía ganas de probar al czar toda su antipatía; arrojó delante de los pasos del ejército moscovita las cabezas de sus partidarios, como la Convencion había arrojado anteriormente la de María Antonieta á los piés de las columnas de la coalición. ¡La Polonia se hallaba en aquel momento en Varsovia, y Varsovia se declaró!

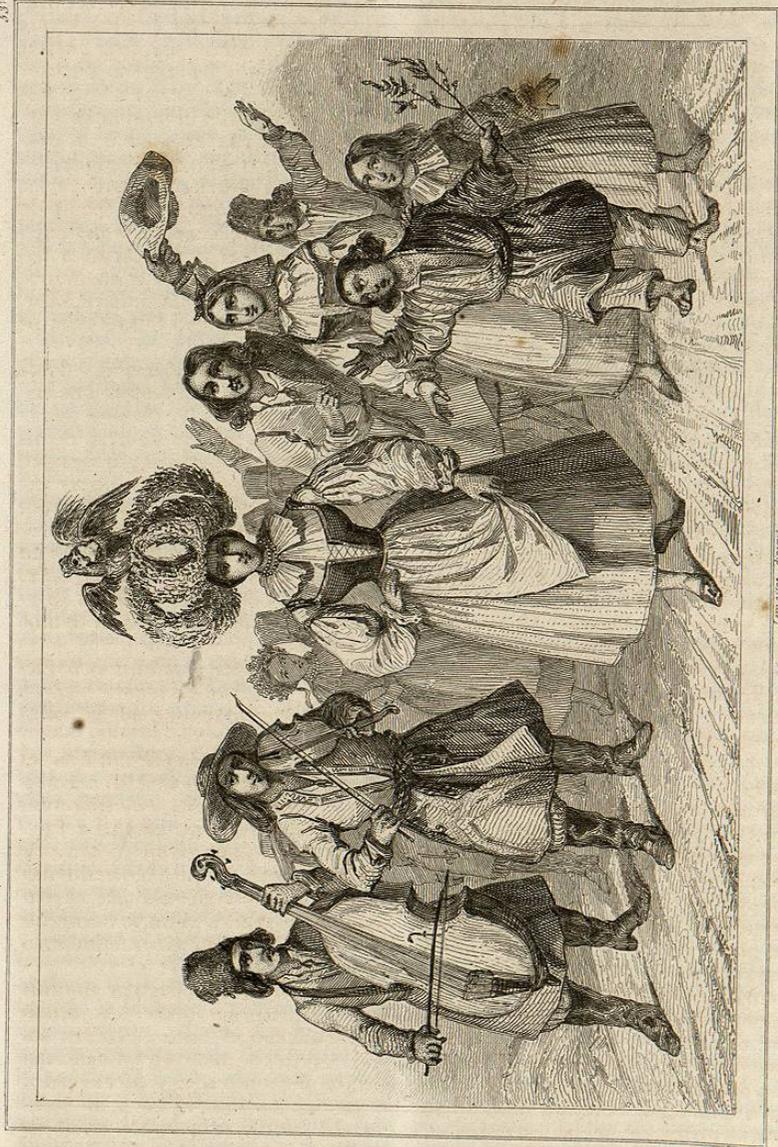
La autoridad era demasiado débil para resistir á la tempestad que sonaba con violencia. El clamor popular pedía á un mismo tiempo el juicio de Jankowski, retardado siempre por Skrzynecki, y que se diese batalla, lo que el generalísimo parecía tambien querer evitar. El club democrático adquirió en este estado de cosas un nuevo grado de influencia, porque las quejas que daba se apoyaban mas que nunca sobre la opinion pública.

El 15 de agosto, el gobierno nacional envió el baston de generalísimo á Prondzynski; mas este no le quiso admitir.

Hacia la noche, se presentó en el palacio del gobierno una diputacion del club democrático, á fin de recordar al consejo la inminencia del peligro y la necesidad de remediarle con prontitud. Vicente Niemoiowski respondió al clérigo Pulawski, el clubista mas ardiente, que se tomarían todas las medidas que reclamaban las circunstancias.

Aquella seguridad llegaba por desgracia demasiado tarde. Las masas perdiendo la paciencia y guiadas por oficiales sin empleo, que hormigueaban en aquel momento en Varsovia, se habían dirigido ya hacia el palacio real, donde se hallaban encerrados Jankowski y demás jenerales, acusados como él de haber hecho abortar la operacion contra el cuerpo de

POLONIE
POLONIA



Fiesta de los Sofadotes.

Polska i Moskwa.

Rudiger, como igualmente los jenerales Hurtich, Salacki, y otros, prevenidos de alta traicion. ¡Viva la libertad! ¡muerte á los traidores! gritaba con frenesí la muchedumbre. Bien pronto cayó Jankowski acribillado de heridas; en seguida le colgaron de un farol. Las últimas palabras que pronunció aquel militar al espirar fueron para protestar de su inocencia y para maldecir á Skrzynecki. Su yerno, el jeneral Bukowski, fué asesinado cuando huía por los jardines. Hurtig, Salacki, Fanshawe y la mujer del jeneral Bazanoff perecieron igualmente á bayonetazos, tanto en su prision, como delante de la fachada del palacio.

Despues de aquel primer y sangriento esceso de la justicia popular, una parte del jentío corrió hácia una de las puertas de Varsovia; y allí, apoderándose de los espías Birnbaum, Makrot, Szley y otros que se hallaban allí detenidos, los colgó en lugar de los faroles de la ciudad. La otra parte se precipitó hácia la habitacion del confitero Lessel, arrestado en virtud de la denuncia anónima y puesto despues en libertad, á falta de cargos suficientes. Cuatro zapadores, que fueron los primeros que entraron en la casa, estaban ocupados en cercar á Lessel, cuando repentinamente apareció delante de ellos el jeneral Krukowiecki. Con una voz atronadora, ordenó á los culpables que tirasen á la suerte cuál de ellos pagaria por todos. Obedecieronle, y el que escogió el nudo fatal, fué fusilado inmediatamente. Consternada la muchedumbre con el continente resuelto del jeneral, se marchó silenciosamente.

Durante el curso de aquellos acontecimientos, el gobierno nacional acababa de existir. El príncipe Czartoryski se lanzaba á galope hácia el campamento, donde iba á ponerse bajo la proteccion de Dembinski; en la puerta de Wola, una bala silvó á sus oídos y le arrancó el cuello de su uniforme. Los demás miembros desaparecieron igualmente en varias direcciones. Solo Vicente Niemoiowski, inmóvil en su asiento, esperó con firmeza el desenlace del drama

espantoso que habia tenido lugar á algunos pasos de él. El número de las victimas ascendió á treinta.

La aurora del 16 de agosto halló á Krukowiecki á caballo en medio de las oleadas movientes del pueblo y de la guardia nacional. El poder se hallaba arrojado por tierra; Krukowiecki le recojió y se nombró inmediatamente, de su propia autoridad, gobernador de Varsovia.

Ya, cuando Chłopicki se despojó de la dictadura, Krukowiecki, uno de los jenerales de division mas antiguos, y notable por su enérgica actividad, tenia suertes para llegar al empleo de jeneralísimo. Su competidor, Skrzynecki, fué preferido, y entónces hubo de retirarse de la línea de operaciones. Nombrado una vez gobernador de la capital, hizo en ella señalados servicios; los desvelos que consagró á las fortificaciones, el castigo inmediato de las espías que se cojian, sus frecuentes visitas á los hospitales, su rigor con los asentistas, las medidas saludables que tomó en la época del cólera, todo contribuyó á hacerle popular y á facilitarle el acceso de un poder superior.

Enteramente solo, parecia poder salvar el país de la crisis en que se hallaba, ó por lo menos, proporcionarle un fin glorioso: «No estaba aun perdido todo despues de la campaña de Skrzynecki, dice Mr. Mochnacki; aun quedaban grandes cosas por hacer, grandes obras que ensayar, dignas de la desesperacion de un pueblo en la agonía: Paszkiewitsch podia hallar su sepulcro bajo las murallas de Varsovia. Entre todos los hombres del momento, Krukowiecki era el solo capaz de realizar, apesar de su edad avanzada, proyectos gigantescos. Hasta entónces revolucionario exaltado en sus palabras y en sus acciones, su turbulencia, sus sarcasmos, su juicio se hermanaban perfectamente con el estado de organizacion que existía y la necesidad de un último esfuerzo. Mientras que desde sus primeros pasos los otros depositarios del poder se apresuraban á asegurar que no se desviarían en nada de la marcha seguida hasta en

tónces, él declaraba á todos que tan luego como llegase á subir al poder, destruiria hasta los cimientos el edificio construido por Skrzynecki, castigaria á los culpables, y haria callar todas las cabalas é intrigas. Y cuando le observaban que las cámaras apenas le permitirian proceder de aquel modo, replicaba que las quebrantaria del mismo modo, si se oponian á las reformas indispensables á la salud de la patria.

« Cuando Skrzynecki volvió á Varsovia despues de la batalla de Ostrolenka, hizo destituir á Krukowiecki de su empleo de gobernador, y hasta quiso hacerle poner en acusacion como conspirador, lo que no le salió bien. La conducta de Krukowiecki, antes de la noche del 15 de agosto, no tenia nada de reprehensible ni oculto, y su marcha distaba mucho de la de un conspirador. Anunciando en alta voz sus proyectos y el modo con que gobernaria, se aprovechaba solo de las faltas de sus adversarios y de las desgracias que habian causado para darse mayor importancia. »

Habiéndose refugiado al campamento el príncipe Czartoryski, como hemos visto, se deliberó en él, el 16 de agosto, sobre las medidas que deberian tomarse para reprimir los excesos populares, y se resolvió fusilar sin dilacion á los individuos marcados como motores del movimiento. En su consecuencia se ocuparon militarmente muchas calles, y el reemplazante del generalísimo, Dembinski, publicó una proclama en la que afeaba al pueblo haber asesinado á unos inocentes. Dicho documento, lejos de calmar la efervescencia de los ánimos, los irritó mucho mas.

Por su lado, el príncipe Czartoryski volvió á Varsovia, y juntamente con los demás miembros del gobierno nacional, se despojó del poder entre las manos de la dieta.

El coronel Zaliwski, el clérigo Pulawski y otros muchos demócratas bien conocidos fueron arrestados. Un consejo de guerra debía juzgarlos y hacer ejecutar la sentencia inmediatamente, mientras que Dembinski se preparaba para entrar en

la ciudad al frente de las tropas para apoderarse de la dictadura. Mas con motivo de sus relaciones con Skrzynecki y del mal efecto que produjo su última proclama, habia perdido aquel jeneral la brillante auréola que le adornaba á su vuelta de Lituania. La opinion pública no veía en él mas que un simple soldado, explotado por una faccion odiosa al pueblo. Sus proyectos no podian pues salirle bien; y si, en aquel momento se hubiera atrevido Dembinski á presentarse delante de las cámaras, no hubiera salido vivo de la sala legislativa.

En el intervalo de algunas horas, cambiaron las cosas enteramente de aspecto. La dieta formuló apresuradamente una nueva ley sobre el gobierno: no debía haber en lo sucesivo mas que un solo presidente, rodeado de ministros responsables, y nombrando á su antojo el comandante en jefe.

Krukowiecki, elegido presidente del gobierno por las cámaras, escogió sin pérdida de tiempo por generalísimo al veterano del ejército, Casimiro Malachowski.

Uno de los primeros desvelos del nuevo jefe fué igualmente execrar solemnemente los excesos cometidos; y con este objeto dirigió Krukowiecki, el 18 de agosto, la siguiente proclama:

« ¡ En la capital del pueblo polaco, donde se hallan reconcentradas todas las autoridades, donde los representantes de la nacion deliberan dia y noche sobre los intereses de la patria, donde ejerce el poder el gobierno nacional, donde existen por último tantos cuerpos judiciales, se han consumado crímenes atroces; y, para dar el último golpe á nuestro porvenir, se ha cometido el asesinato en nombre del pueblo polaco, en nombre de la patria. »

« El pueblo polaco rechaza con horror estos abusos sangrientos. No ha fundado su poderío sobre crímenes que envilecen, sino sobre las virtudes nacionales. Quiere tener por aliado de su causa al cielo y no al infierno. Hemos jurado vencer ó morir: si debemos morir, pereceré-

mos con toda la dignidad de un pueblo civilizado; mas no sufriremos que el sepulcro nacional lleve la marca del crimen. »

« La autoridad suprema de la nacion, las cámaras reunidas se han penetrado de la necesidad de cambiar la forma del gobierno. Apoyado en el poderío de las leyes, el nuevo poder sabrá obrar con el vigor que exige la posicion en que se encuentra la patria en la actualidad. La ley alcanzará á los culpables. A ellos debemos atribuir el llamamiento á la capital de una parte de nuestras tropas, para ponerla al abrigo de los perturbadores y asesinos, llamamiento que nos ha causado ayer pérdidas que no habriamos hecho, si hubiéramos podido enviarlas á socorrer á las que estaban empeñadas con el enemigo. ¡ Que estas pérdidas, que la sangre de los valientes que han perecido recaigan sobre sus cabezas con la maldicion del pueblo polaco! »

« ¿ Cuándo ha tenido la Polonia un gobierno igual al que acaba de cambiarse? ¿ No emanaba de la voluntad jeneral? ¿ No le dirijia la prudencia, el patriotismo y la moderacion? ¿ Se vió jamás mas floreciente la libertad? ¿ No se hallaba al frente del gobierno un hombre de bien, puro, virtuoso, que lo ha sacrificado todo á la patria? ¿ A qué han servido por lo tanto todas aquellas virtudes contra los violadores de la tranquilidad pública? Ellos han abusado de la moderacion del gobierno mas liberal, para mancillar nuestra historia, cebándose en unos individuos puestos en juicio, culpables tal vez, pero sin armas. ¡ Ved el motivo que hace correr la sangre de los Polacos! ¿ Es por esto que hemos hecho tantos sacrificios y dado tantas pruebas de una adhesion sin ejemplo? »

« Nuestra penúltima insurreccion fué manchada con asesinatos semejantes; mas Kosciusko borró aquella mancha castigando severamente á los culpables, y la historia de su vida y de la revolucion ha pasado ya á la posteridad con la gloria mas brillante. »

« Yo no engañaré á la gloria na-

cional: sabre, con la ayuda de las leyes, anonadar el crimen y los perturbadores, que son los mejores aliados de nuestros enemigos. »

« Conde JUAN KRUKOWIECKI. »

El nuevo presidente se ensayaba dignamente; mas, por una de aquellas influencias tan fatales que vienen á paralizar el alma mas vigorosa en el instante mismo en que debe tomar un vuelo decisivo, Krukowiecki, que hasta entónces se habia apoyado en el pueblo, á quien debía su elevacion, trató de conciliar todas las opiniones. Esta fué una gran falta, porque no contentó ninguna. El partido aristocrático, adicto desde el principio de la lucha al sistema de Chlopicki, y sobretudo al de Skrzynski, que no veía la salvacion de la Polonia sino en la intervencion del extranjero, no se hallaba de ningun modo dispuesto á secundar los esfuerzos de un hombre que debía su origen á una conocion popular, al paso que la oposicion parlamentaria, bien convencida de que un paso atrevido y desesperado era el único que podia salvar al pais, debía necesariamente, al menor vaiven, perder la confianza del jefe en cuyas manos acababa de colocar todas sus esperanzas.

La eleccion del jeneral Chrzanoski, partidario de Skrzynecki, para el mando militar de Varsovia, desagradó visiblemente al partido liberal; y la ejecucion, en cumplimiento de una sentencia, de cuatro actores de las escenas sangrientas del 15 de agosto, no satisfizo tampoco á la aristocracia. Ella hubiera deseado añadir los jefes del club democrático, que ella misma habia designado como los principales instigadores de los asesinatos. En presencia de un peligro inminente, se envenenaron mas que nunca los rencores y se debilitaron los recursos de la causa comun.

El 19 de agosto, se reunió un consejo de guerra para deliberar sobre las medidas defensivas que debian tomarse. Se espusieron en él tres dictámenes diferentes, y prevaleció el del jenera Uminski. Este consistia en destacar la mitad del ejército,

con la mira de destruir el cuerpo ruso, mandado por Rosen, y aprovisionar á Varsovia antes que se viesen atacados por detrás de las líneas fortificadas, desde las cuales se podía, en caso de experimentar un revés, retirarse á Varsovia, donde se defenderían hasta el último extremo, con el ayuda del pueblo y de las barricadas que se habían levantado.

En su consecuencia, el general francés Romarino fué encargado, al frente de mil hombres escogidos, de limpiar la orilla derecha del Vístula y asegurar las provisiones de Varsovia. El general Lubinski fué dirigido, con el mismo objeto, hácia la fortaleza de Modlin, y desde allí, hácia el palatinado de Plock, con cuatro mil hombres.

El 29, obtuvo Romarino algunas ventajas en Międzyrzec y en Rogoznica; Konarski dispersó igualmente al enemigo, haciéndole mil y ochocientos prisioneros, y Prondzynski, que había acompañado á Romarino, puso en derrota el cuerpo de Golo-win, el 30; el primero de estos tres jefes se hallaba ya cerca de Biala, tomando los Rusos el partido de alejarle de Varsovia cuanto fuese posible. Había no obstante recibido, el 28, un parte de Krukowiecki, en el que le reprendía por haberse aventurado á ir tan adelante, y le prevenía que el enemigo iba á cortarle la retirada sobre Praga.

No había en aquel momento en Varsovia mas que veinte mil hombres de tropas regulares para sostener el ataque del grueso del ejército ruso, mandado por el general Paszkiewitsch y que ascendía á ciento diez y ocho mil combatientes, con cuatrocientas piezas de artillería.

El 4 de setiembre, hizo Paszkiewitsch ofrecer á los Polacos de parte del emperador, por el órgano del general Danenberg, el olvido de lo pasado y seguridades para lo sucesivo. Mas el consejo de los ministros, de acuerdo con la dieta, rechazó, el 5, aquellas proposiciones, declarando que no se trataría sino bajo las bases del manifiesto.

Solo por las armas podían resolver-

se las dificultades; y el 6 de setiembre, á las cinco de la mañana, se pusieron en movimiento los cuerpos rusos, y abrieron un fuego terrible sobre toda la línea, á fin de dividir las fuerzas polacas; sin embargo, el ataque principal fué dirigido por el feld-mariscal contra el fuerte de Wola, establecido en las puertas de Varsovia. Defendíale el general Sowinski, que tenía bajo sus órdenes á Pedro Wysocki, primer autor de la revolución. Ya había dos horas que aquel punto atrincherado, defendido por mil seiscientos y sesenta hombres y diez cañones, resistía con abatimiento á los estragos que causaban las sesenta piezas de artillería moscovitas, cuando llegaron nuevas tropas á tomar parte en el asalto. Ciento y quince piezas de grueso calibre batieron entonces en brecha á Wola, la cual, acribillada y aterrada por el número, sucumbió á mediodía, después de una horrible carnicería. El valiente Sowinski pereció heroicamente, y Wisocki, cubierto de heridas, cayó prisionero.

A las dos horas, avanzaron los Rusos hácia las alturas de Czysté, protegidos por su formidable artillería; mas, rechazados, se retiraron repentinamente á Wola, que los Polacos se esforzaron en vano para volver á tomarla.

A las tres y media, cesó el combate por ambas partes, y se fijó para el día siguiente el ataque de la ciudad por el feld-mariscal en persona.

Durante el resto del día y de la noche, buscaron por ambas partes modos de renovar las negociaciones; y de resultas de numerosas conferencias, se presentó el presidente Krukowiecki, en la mañana del 7 de setiembre, en el campamento de Wola. Le acompañaba en este paso Prondzynski, que había vuelto de Międzyrzec antes del ataque, y de los edecanes Breanski, Forster, Montebello y Sobolewski.

El feld-mariscal, rodeado de su estado mayor y de su guardia circasiana, recibió á Krukowiecki en presencia del gran duque Miguel. Mas como el lenguaje altanero y atrevido del presidente no respondió á las es-

peranzas de Paszkiewitsch, se terminó dicha entrevista sin mas resultado que la demanda hecha por el primero de dirigirse á la dieta, á fin de obtener de ella plenos poderes para negociar bajo las bases espuestas por el feld-mariscal, que prometió suspender las hostilidades durante tres horas.

A la vuelta de Krukowiecki de aquella conferencia, dieron su dimision los ministros, influidos por el vice-presidente B. Niemoiowski.

Habiendo espirado la tregua convenida, principió á sobar el cañon con una nueva fuerza; y las descargas de artillería, vomitadas por trescientas cincuenta bocas de fuego, hacían temblar la tierra á tres millas al rededor. Dichas descargas se sucedieron sin interrupcion desde la una hasta la noche.

Las negociaciones entre la dieta y el presidente, por una parte, y el jefe del ejército ruso, por la otra, continuaban siempre sin embargo, pero sin producir ningun resultado. Habiendo obtenido Krukowiecki, por la voz de una diputacion, la autorizacion de las cámaras para tratar, envió el feld-mariscal Paszkiewitsch al general Prondzynski, portador de las últimas estipulaciones y de la siguiente carta, dirigida al emperador Nicolás:

«SEÑOR:

«Encargado en este mismo instante del poder de hablar á Vuestra Majestad Imperial y Real en nombre de la nacion polaca, me dirijo, por el intermedio de Su Escelencia monseñor el conde Paszkiewitsch de Eriwan, á vuestro corazon paternal.

«Sometiéndose la nacion polaca á Vuestra Majestad, nuestro rey, sin condicion alguna, sabe que ella sola puede borrar lo pasado y curar las llagas profundas que han despedazado mi patria.

«El conde KRUKOWIECKI, general de infantería, presidente del gobierno.»

Pero, mientras que el parlamentario polaco llevaba esta carta á Paszkiewitsch, se presentaba el mariscal de la cámara de los nuncios en el palacio del gobierno, donde declaraba

nulo, en nombre de la dieta, todo cuanto se había hecho hasta entonces. Notificó igualmente al presidente que diese su dimision.

Durante aquel tiempo, la artillería moscovita destruía cada vez mas las murallas de Varsovia. Los Rusos habían penetrado ya en la ciudad por la puerta de Jerusalem; y el incendio del arrabal de Czysté arrojaba, á través de las sombras de la noche, un resplandor siniestro. Entonces Krukowiecki, para preservar la capital y salvar los habitantes de un degüello inminente, secundó en su calidad de general de infantería, el paso de las tropas polacas por en medio del Vístula, y las acompañó á Praga.

Mas los negociadores rusos, no queriendo tratar con el nuevo gobierno, á cuyo frente se habían puesto B. Niemoiowski, como presidente, y el coronel Zielinski, como vice-presidente, enviaron á buscar á Krukowiecki. No quiso este volver, alegando que no poseía el poder; y fué preciso que el general Lewinski certificase que se lo devolvería, á fin de asegurar la salud de la ciudad, para que volviese á presentarse en Varsovia, pero sin firmar nada.

Estaba en el ánimo de reunirse al ejército para participar, como simple general, de la suerte de las tropas; mas sabedor de que el general Uminski le esperaba en Praga para hacerle fusilar, Krukowiecki no se movió de Varsovia.

El jiro funesto de los acontecimientos había añadido un nuevo grado de energía á los rencores anteriores, y sembrado en los ánimos sospechas ultrajantes. Acusado Krukowiecki de traicion, respondió á los clamores furiosos por el siguiente documento, que la historia debe conservar por doble motivo; porque no solamente sirve para la justificacion de un valiente oficial, sino que también ofrece el cuadro animado de los memorables acontecimientos del día 7 de setiembre.

«El 17 de agosto, fué nombrado el general Krukowiecki presidente del gobierno nacional del reino, que no abrazaba mas que unas cuantas

millas cuadradas. Tomó sobre sí aquel peso con toda la resignación de un hombre dispuesto á padecer todos los peligros y todos los golpes de la suerte, á fin de salvar, si era posible, la nave del estado, que estaba ya zozobrando.

«El 18, se hizo dar cuenta del ejército, de las municiones de guerra, de las provisiones y de los caudales, y pidió informes sobre el espíritu de que se hallaba animado el ejército. Habiéndose convencido, por aquellos informes, que no había en los almacenes víveres mas que para once dias y forrajes para siete, convocó, el 19 de agosto, un consejo de guerra, compuesto, bajo su presidencia, del vice-presidente del gobierno B. Niemoiowski, del general Malachowski, que reemplazaba al generalísimo, de los generales Dembinski, Uminski, Ramorino, Prondzynski, Chrzanowski, Sierawski, Rybinski, Kolaczowski, Lubienski, Lewinski, Skarzynski y Bem (coronel á la sazón), para decidir cuál de los tres planes que le habían sido sometidos para las operaciones militares posteriores presentaba mas ventajas. Hállanse en poder del presidente los votos de todos los miembros de este consejo, escritos por sus propias manos. Tres miembros querían que se presentase la batalla á los Rusos, á saber, los generales Krukowiecki, Chrzanowski y Rybinski; dos querían que se abandonase á Varsovia, á saber: Dembinski y Sierawski. Los demás opinaron por la defensa de Varsovia y el envío de dos cuerpos destacados sobre la orilla derecha del Vístula.

«En vista de aquella deliberación, el general Romarino fué enviado á la Podlaquia para destruir el cuerpo de ejército del general Golowin, que juntamente con el del general Rosen, no constaba mas que de once mil hombres efectivos y podia ser destruido fácilmente por nuestras tropas, superiores en número.

«El general Lubienski recibió la orden de encaminarse al palatinado de Plock, para arrojar de él al enemigo, destruir los reductos y los

puentes en Nieszawa, é interceptar todas las comunicaciones de las tropas rusas con la Prusia.

«Independientemente de la destrucción del cuerpo de ejército del general Golowin, el principal objeto de la expedición del general Romarino era el de abastecer de víveres la capital y las tropas que quedaban en ella para defenderla.

«A pesar de que la maniobra del general Romarino no fué tan pronta como era de esperar, apesar de no haber atajado sino cerca de Miendzyrzec el cuerpo de Golowin y de Resen, y de haber pasado inútilmente algunos dias en la comarca de Brzesc, de la que no pudo apoderarse, libertó sin embargo el palatinado de Podlaquia de la presencia del enemigo y procuró á las autoridades civiles la posibilidad de abastecer de víveres la capital.

«Habiendo hecho el enemigo preparativos en Gora para pasar el Vístula, varios correos llevaron todos los dias órden al general Romarino para que se aproximase á la capital; no para defenderla, porque había en ella tropas suficientes, sino únicamente para que no le cortasen las comunicaciones, en el caso de que el enemigo pasase el Vístula en masa.

«La reunión del general ruso Krentz con el cuerpo de ejército principal, que no podíamos impedir, apesar de las diversas demostraciones en el palatinado de Plock, y el bloqueo de Varsovia que se estrechaba cada dia mas, hacían presajiar de un momento á otro un ataque serio. El presidente del gobierno se hizo entonces someter un plan de defensa, con un análisis sobre todos los detalles, y habiendo reconocido que todos los puntos se hallaban bien guarnecidos y podían ser apoyados por las reservas, en caso de necesidad, habiendo por otra parte recibido la seguridad del general Malachowski y de los demás generales comandantes, que el servicio se hacía con el mayor celo, y sabido particularmente por el general Bem que la primera línea de fortificaciones que él mandaba en persona po-

dia sostenerse durante veinte y cuatro horas, sobretodo con el gran número de piezas de artillería de reserva que estaban á su disposición, se ciñó á recomendar la mayor vigilancia en todos los puntos, prohibió á las tropas alejarse de los reductos durante la noche, contó desde entonces con la seguridad de la capital, y se dedicó con confianza á los negocios.

«En el interin, las maniobras de los generales Romarino y Lubienski, que habían libertado del enemigo dos palatinados, aseguraban el aprovisionamiento de la capital; y como aquellas maniobras habían convencido al feld-mariscal que el gobierno polaco obraba con una nueva energía, dió el primer paso para evitar la efusión de sangre. El general Prondzynski, á quien el presidente del consejo había encargado de una misión importante, trajo condiciones que nos eran ventajosas.

«Las sometió al consejo, en presencia del presidente del senado y del mariscal de la cámara de los nuncios. El presidente del gobierno, el del senado, los ministros del interior y de hacienda votaron por la adopción de las condiciones del vice-presidente, el general Malachowski, el mariscal de la cámara de los nuncios, los ministros de los cultos, de la guerra, de la justicia y de relaciones exteriores votaron contra su admisión, insistiendo con violencia para que la Polonia fuese reconquistada en sus antiguos límites. Ganó la mayoría, y entonces se empeñó una nueva discusión sobre el modo de redactar la respuesta; discusión en la que tuvo que ceder de nuevo la opinión del partido moderado.

«El 4 de setiembre, luego que se hubo redactado la respuesta conforme al voto de la mayoría, el presidente del gobierno, augurando que el feld-mariscal concluiría la lucha por la fuerza, dió despues del mediodia no solamente la orden de que estuviesen preparados para el combate, sino que fué en persona á examinar y asegurarse si el servicio estaba bien hecho.

«El 5 de setiembre, el general Ma-

lachowski hizo renovar los preparativos de defensa, examinó hasta qué punto podia contar con el éxito; y, despues de haber recibido de la torre del Observatorio el aviso de que todo el ejército ruso se hallaba en movimiento, fué por todas partes para ver si todo se hallaba pronto para el ataque del dia siguiente.

«El 6 de setiembre, el presidente del gobierno estableció su cuartel general en el reducto n.º 73, porque desde allí podia ver todos los ataques; y porque, siguiendo las reglas de la estrategia, preveía que el asalto mas fuerte se daría del lado del punto mas débil, es decir, en las cercanías de Mokotow.

«El 6 por la tarde, luego que los atrincheramientos 54 y 57 y las principales obras de la iglesia de Wola fueron tomadas, se resolvió en consejo de ministros escribir al feld-mariscal para pedirle la comunicación de las condiciones sobre cuya base se hallaba autorizado por su soberano para negociar con los Polacos. El general Prondzynski fué encargado de llevar aquella carta. Trajo por respuesta el deseo del feld-mariscal de que el presidente del gobierno se hallase, el 7, á las ocho de la mañana, en las avanzadas para conferenciar con él.

«Habiendo tenido el general Krukowiecki, á la hora indicada, una entrevista con el feld-mariscal Paszkiewitsch en Wola, y no hallándose autorizado á concluir un tratado (poder que se había reservado la dieta por el artículo 4 del decreto de 17 de agosto, relativo al cambio de gobierno), trajo á Varsovia las condiciones ofrecidas por el feld-mariscal; y en una sesión del consejo de ministros, las comunicó oficialmente al presidente del senado y al mariscal de la cámara de los nuncios, á efecto de hacer recaer sobre aquel asunto una deliberación de la dieta.

«La suspensión de las hostilidades solo había sido concedida hasta la una.

«Habiendo recibido las cámaras reunidas aquella comunicación, resolvieron prorrogarse é investir al